

15. El patriarca san Alejandro tenia cerca de sí para ayudarle en su contienda con los Arrianos un jóven diácono, cuyo nombre será muy pronto el baluarte de la fe, y como el centro de la historia eclesiástica en el cuarto siglo. Este era Atanasio, que, al lado de un santo y celoso obispo, principiaba su trabajada y laboriosísima carrera de apóstol y doctor. Con fe profunda é incontrastable, dotado de una penetracion que veia con la mayor lucidez en los negocios mas embrollados, lleno de una prudencia que jamás falló en medio de las redes que le tendian de continuo sus enemigos, poseido de una dialéctica que disipará como telas de araña los mas astuciosos sofismas, habiendo adquirido una elocuencia natural que sabia poner al alcance de los mas sencillos las mas arduas cuestiones, y en fin robustecido con una firmeza que no podrá hacer titubear jamás el mundo entero, veremos al gran Atanasio ir pasando alternativamente del triunfo al destierro, del destierro al triunfo, de la silla de Alejandria á los recónditos desiertos de la Tebáida y de la Nitria, y de estos, triunfante á aquella: le veremos y admiraremos modelo de los obispos, admiracion de los anacoretas; tan admirable por su piedad como por su infinita ciencia; y siempre digno del odio y persecuciones de los enemigos de la fe. La primera parte de su vida la habia pasado en los ejercicios ascéticos bajo la direccion de san Antonio, con quien guardó hasta la muerte la mas íntima, respetuosa é inalterable amistad. En esta severa escuela cobró un valor y carácter nunca desmentidos, aquella energía perseverante que desplegó contra innumerables adversarios sin cesar renacientes, ora sacerdotes, ora obispos, ora emperadores: triunfando á la vez, en las discusiones, por la claridad y precision de su lógica; en las luchas de la polémica escrita, por la rapidez, vehemencia, elocuencia y dialéctica de su composicion; en las persecuciones, por su invencible audacia é inalterable tranquilidad de ánimo. Tal veremos á san Atanasio: y por medio de mas de medio siglo de trabajos, de destierros, de fugas y de constancia, merecerá la gloria de insculpir eternamente su nombre en el triunfo de la verdad católica contra el arrianismo.

16. Arrio, al salir de Alejandria despues de su condenacion, se quejaba ya de que no habia recibido sentencia tan dura sino á la influencia del diácono Atanasio. Se sabia que el santo patriarca Alejandro le habia investido de toda su confianza, y que le admitia á todos sus consejos. El heresiarca se retiró á la Palestina, desde donde no dejaba piedra por mover para hacerse con nuevos partidarios: y tuvo la maña de hacérselos entre muchos obispos. El mas influyente fué el de Nicomedia, llamado Eusebio, que tantos dias de lágrimas dió á la Iglesia. Este prelado era de aquellos de quienes habla el Evangelio, que no entran en el rebaño por la verdadera puerta, y que, semejantes al pastor mercenario, traicionan los intereses de su grey. Ya pasaba por haber apostató en tiempo de la persecucion: luego, sin que se sepa cómo, fué obispo de Berito en la Fenicia. Hábil cortesano, habia logrado insinuar en el ánimo benévolo de la princesa Constancia, hermana de Constantino y esposa de Licinio. Habiendo vacado la metrópoli de Nicomedia, Eusebio dejó la pequeña ciudad de Berito por trasladarse al obispado de la ciudad imperial de Nicomedia, contra lo dispuesto por los sagrados cánones, y sin autorizacion canónica ni dispensa. Mientras que Licinio, fijado en esta ciudad, hacia guerra á la vez á Constantino y á los cristianos, Eusebio era su amigo y confidente. Siendo vencedor Constantino, fué uno de los primeros en captarse su gracia. Era este indigno prelado una de esas naturalezas serviles que siguen á todos los triunfadores, y á quienes están seguros de encontrar entre sus bagajes los vencedores: miserable botín que debieran muy pronto arrojar estos. Pero hombres de este jaez saben hacerse necesarios, lisonjeando la vanidad del nuevo amo, y poniendo á su servicio un celo que mañana pasará al servicio del sucesor. Era pues Eusebio muy digno de apadrinar á un heresiarca.

Hé aquí la carta que Arrio le escribió desde su retiro en Palestina, y que transcribimos, por cuanto explica claramente su herejía.

« Al amantísimo Señor, al hombre de Dios, al fiel, al orto-

» doxo, á Eusebio, Arrio injustamente perseguido por el patriarca de Alejandría, por la verdad victoriosa que defendeis
» vos mismo, salud en el Señor

» Partiendo para Nicomedia mi padre Amonio, he creído de
» mi deber aprovechar esta ocasion para saludaros, y al mismo
» tiempo informaros de la persecucion que el obispo nos hace
» padecer injustamente. Todo lo ha movido contra nosotros, y
» nos ha arrojado de su ciudad episcopal como á impíos. Todo
» nuestro delito es de negarnos á creer su doctrina errónea y
» decir con él : Dios es eterno, el Hijo es eterno. El Padre y
» el Hijo han coexistido eternamente. El Hijo ha sido siempre, y
» siempre engendrado. El Padre no es anterior al Hijo de un
» solo momento, y ni aun á su pensamiento. Siempre Dios,
» siempre el Hijo; el Hijo procede de Dios mismo. Como
» Eusebio de Cesarea, vuestro hermano, Teodoto, Paulino,
» Atanasio, Gregorio, Aecio ⁽¹⁾, según la fe de todos los Orientales,
» decían que Dios es antes del Hijo, han sido condenados
» con anatema. Solo han sido exceptuados de esta excomunion
» Filógono, Helánico y Macario, tres herejes ignorantes que
» pretenden que el Hijo es, unos la *espiracion*, otros una *pro-*
» *yeccion* del Padre. Estas son otras tantas impiedades que no
» podemos oír, aun cuando estos herejes nos amenazaran con
» mil muertes. En cuanto á nosotros, lo que decimos y creemos,
» eso mismo hemos enseñado y enseñamos aun. Por
» voluntad y consejo del Padre, el Verbo ha subsistido, antes
» de los tiempos y antes de los siglos, plenamente Dios, Hijo
» único, inalterable. Pero antes de ser engendrado ó creado, no
» existía. Somos perseguidos por haber dicho : El Hijo ha

(1) Los obispos que en esta carta cita Arrio como partidarios suyos, son : Eusebio de Cesarea en Palestina, el historiador Teodoto de Laodicea en Siria, Paulino de Tiro, Atanasio de Anazarba en la Sicilia, Gregorio de Berito, Aecio de Lidda ó Dióspolis. Es una calumnia decir que habian sido anatematizados, pues que no los nombra siquiera el concilio de Alejandría. Los tres obispos que trata de ignorantes, porque no eran suyos, son san Filógono, obispo de Antioquia, cuyas virtudes le elevaron á la silla patriarcal, para suceder á Tiranno, que la habia ocupado desde 299 hasta 312; Helánico, obispo de Tripoli en la Fenicia, y san Macario, obispo de Jerusalem, que sucedió á Hermon en 314. Este último es reputado por san Atanasio como uno de los mas grandes obispos de su siglo.

» tenido principio, y Dios no lo tiene. Se nos veja por haber
» dicho que el Verbo ha sido sacado de la nada : lo que hemos
» dicho, porque ni es una porcion de Dios, ni sacado de ninguna criatura. Hé aquí la causa de nuestros padecimientos;
» y ya sabeis lo demás. Os deseo la mayor felicidad en el
» Señor. Acordaos de nuestras aflicciones. »

Eusebio de Nicomedia respondió á esta carta asegurándole la mas completa adhesion á los principios expuestos en ella. « Vuestros sentimientos son muy buenos, y debéis desear verlos adoptados universalmente. ¿Quién es capaz de creer que lo que ha sido hecho, pueda tener existencia antes de haberla recibido? ¿No es acaso necesario que haya comenzado á existir? » No contento con animar así al heresiarca, escribió á los obispos sus partidarios para estimular su celo en favor de la nueva doctrina. En su carta á Paulino, obispo arriano de Tiro, alaba el ardor con que Eusebio de Cesarea defendía el error comun; é insta á todos sus adherentes á que escriban al patriarca Alejandro, « persuadido, dice, de que se dejará vencer por sus reiteradas instancias. » No tardó Arrio en personarse en Nicomedia á la sombra de protector tan decidido, y fué acogido con la mayor honra y distincion. Para difundir mejor el veneno de su herejía, y popularizarla en lo posible, compusieron una compilacioncita de cánticos que contenian toda su doctrina, á cuyo libro llamaron *Thalia*. El canto y medida de versos eran los mismos que los de las canciones obscenas entonces en boga entre el populacho. Habia para viajeros, para marineros, para trabajadores, para molineros. Hemos visto empleado este mismo medio por Valentino, y Harmonio, su discípulo, para propagar el gnosticismo. El instinto de la herejía es siempre el mismo : se burla de la dignidad del dogma, de la moral y aun de la decencia de la propaganda : solo piensa en el éxito.

17. Contra esfuerzos tan hábilmente combinados tenia la verdad católica por defensor un anciano, el ilustre patriarca de Alejandría; pero sentia hervir en su pecho este anciano el fuego de su fe y la actividad y energía de su juventud : aun mas, tenia por auxiliar al diácono Atanasio. San Alejandro escribió

á todos los obispos del Oriente y al papa san Silvestre para participarles las intrigas de Arrio y combatir su herejía. Les remitió una Memoria ó profesion de fe, rogándoles la suscribiesen para abrumar el error con el peso y unanimidad de sus testimonios. San Epifanio conocia y poseia copia de setenta de estas cartas, dirigidas á diversos prelados. Como la nueva secta se apoyaba especialmente sobre el crédito de que gozaba en la corte Eusebio de Nicomedia, su protector, no vaciló san Alejandro en atacar á la faz y abiertamente á este obispo intruso. Lo hizo en una carta circular dirigida á todas las iglesias del mundo. « Habia creído en un principio, dice el santo patriarca, guardar silencio para sofocar el mal en la persona misma de los apóstatas, y no manchar los oídos de los piadosos fieles con el relato de sus blasfemias. Mas como Eusebio se arroga el derecho de disponer de las cosas de la Iglesia, porque ha abandonado á Berito por usurpar la silla de Nicomedia, sin que hasta ahora se haya hecho justicia de este atentado; como además se pone al frente de estos herejes, y escribe por todos lados á su favor, yo me veo obligado á levantar mi voz para daros á conocer á todos, ya las personas de los apóstatas, ya la naturaleza de su herejía, para que vivais alerta contra sus temerarias empresas. » Antes de enviar estas cartas por todas las partes del mundo, reunió san Alejandro su clero, se las comunicó é hizo suscribiesen á ellas. Por su lado, Eusebio y Arrio convocaron en Nicomedia una asamblea de obispos partidarios suyos, donde se aprobó solemnemente este error, y se escribió á todas las iglesias para que estuviesen en comunión con los Arrianos. Aumentóse extraordinariamente la confusion en el seno de este conflicto. No solo obispos y sacerdotes tomaban parte en pro ó en contra de la verdad, sino que pueblos enteros se dividian discutiéndola: acalorábanse todas las cabezas, y el nombre de Arrio resonaba por el mundo entero: tuvo pues la *Thalia* el resultado prometido.

18. En tal situacion se hallaba el Oriente, á donde condujeron á Constantino las victorias de Andrinópolis, Bizancio y

Calcedonia contra Licinio. Este príncipe, engañado por los artificios de Eusebio de Nicomedia, no vió desde luego en estos debates sino una logomaquia ó juego de palabras vanas; y creyó conciliar todas las cosas escribiendo á ambos partidos que cesasen de atacarse recíprocamente. Pero las cosas habian llegado á un estado tal que no era dable ya apaciguarlas con una carta imperial: porque se trataba nada menos que de saber si Jesucristo era Dios. Los obispos católicos no podian dejar dudosa esta cuestion un solo instante, y los Arrianos por otra parte habian empeñado su vanidad é intereses en esta lucha, y no querian ceder ni retroceder. Osio de Córdoba y san Alejandro aconsejaron á Constantino que reuniese un concilio ecuménico (*δικοιμένης γῆς*), esto es, de toda la tierra. Comprendió el emperador que este era en efecto el único medio de terminar una contienda que se iba agriando cada dia mas; y de acuerdo con el papa san Silvestre convocó una asamblea general de todos los obispos del mundo en Nicea de la Bitinia para el mes de junio de 325.

19. Vinieron pues los obispos de hasta las extremidades de la tierra en número de trescientos diez y ocho, sin contar los sacerdotes, diáconos y acólitos. Se les suministró, á los prelados y á sus comitivas, todo lo necesario para el viaje á expensas del Estado. No se habia presentado jamás espectáculo mas imponente en el mundo. Se reunia la flor de la humanidad, no ya para tratar de las cuestiones frívolas y transitorias de la política, de divisiones de territorios ó de constituciones de imperios; sino de los intereses inmortales, de los principios mismos de la fe y de la vida cristiana. Todos aquellos venerables restos, salvados de las prisiones y suplicios de los perseguidores, todos aquellos ancianos coronados aun mas de virtudes que de años, y que llevaban estigmatizadas las marcas gloriosas de tormentos padecidos por Cristo, venian á apoyar con su testimonio la divinidad de aquel que habian confesado en presencia del tirano. Ecos vivos de la tradicion católica, atestiguaban en esta santa asamblea la enseñanza y doctrinas de los pasados siglos: enlazaban el tiempo presente con

los apostólicos, y legaban á las generaciones cristianas futuras la verdad que habian bebido casi en su origen, en su manantial mismo. Entre tantas lunbreras de la Iglesia se notaba principalmente Osio de Córdoba, que llenaba las funciones de legado del papa san Silvestre, y cuyo nombre era célebre por todo el universo, por su ciencia, piedad y consumada prudencia; los santos ancianos Pafnucio, obispo de la alta Tebáida, y Potamon, obispo de Heraclea, á quienes habia arrancado el ojo derecho la crueldad de los perseguidores; san Pablo, obispo de Neocesarea en el Eufrates, á quien habian quemado los nervios con hierro hecho ascua, durante la persecucion de Licinio; san Jaime de Nisiba en la Mesopotamia, y san Nicolás, obispo de Mira, ambos ilustres por numerosos milagros; san Amfion, obispo de Epifania, que habia padecido el tormento por el nombre de Cristo, bajo Diocleciano; san Basilio, obispo de Amasea; san Melecio de Sebastópolis; san Hipacio de Gangres en Paflagonia; san Macario, patriarca de Jerusalem; san Eustaquio de Antioquia, y aquel ilustre entre todos el obispo de Alejandría, san Alejandro, que habia sido el primero en señalar el error de Arrio como digno de los anatemas de la Iglesia, el cual se hizo acompañar de su diácono Atanasio, que á su vez habia de ser el alma de tantos otros concilios. — Al lado de estos prelados, gloriosos defensores de la fe católica, el arrianismo habia reunido en Nicea á todos sus adherentes, entre los que los principales eran los dos Eusebios de Nicomedia y de Cesarea, Teognis de Nicea, Patrófilo de Escitópolis, Maris de Calcedonia y Narciso de Neroniada. Además de Osio de Córdoba, san Silvestre habia enviado para representarle á los sacerdotes romanos Víctor y Vicente, que suscribieron, antes de todos los obispos, las actas del concilio.

20. Antes del dia de la sesion pública, se juntaron los obispos en una iglesia capaz donde cabian todos: estas son las propias expresiones de Eusebio de Cesarea: tuvieron en ella muchas conferencias particulares, á las que fué convocado Arrio. Desenvolvió allí toda la serie de sus errores. Sostenia: que Dios no habia sido siempre padre; que hubo tiempo en

que el Hijo no existía todavía; que el Verbo fué sacado de la nada, criatura y obra de Dios, aunque mucho mas perfecto que las demás criaturas. Por consecuencia, Jesucristo no era Dios por naturaleza, mas solamente por una especie de participacion. Añadia: « que no era el Verbo sustancial del Padre, » ni su propia sabiduría, por la que todo ha sido hecho; sino » que habia sido criado por la sabiduria eterna; que no parti- » cipa de la sustancia del Padre; que no es la produccion pro- » pia y natural del Padre, la virtud natural de Dios, como dice » la Escritura, sino un efecto de su libre voluntad. Añadia que » el Hijo no puede conocer perfectamente al Padre, y que no » tiene este conocimiento sino segun los límites de su natura- » leza finita y limitada. » Al exponer estas blasfemias, los Padres del concilio se tapaban los oidos, y con su indignacion santa protestaban contra una doctrina tan opuesta á la fe de la Iglesia. La mayor parte de ellos querian condenar sin mas exámen estos nuevos impíos, ateniéndose á la fe que habian recibido por tradicion de los Apóstoles; pero los obispos arrianos, sosteniendo que no habia de seguirse una opinion por el mero hecho de que era antigua, reclamaron un exámen serio y detenido. Se empeñó pues la discusion sobre cada una de las propo iciones sentadas por Arrio. Los obispos ortodoxos insistieron vigorosamente en que desde luego definiesen neta y categóricamente los Arrianos lo que entendian por la voz ó nombre de Hijo que la Escritura da al Verbo. « Porque si » Cristo no es Dios por naturaleza, mas solamente por una es- » pecie de participacion de las divinas perfecciones, ¿qué ten- » dria mas que los Ángeles y los Santos; y porqué es llamado » el Hijo único de Dios? — Es llamado Hijo único de Dios, » respondian los Arrianos, porque, solo, ha sido hecho por Dios » solo; en tanto que todas las demás criaturas, las ha hecho » Dios por su Hijo. — Insensata novedad, impía asercion, » decian los ortodoxos, pues que supone dos cosas absurdas y » sacrilegas; ó bien, por impotencia, Dios no ha podido hacer » solo las demás criaturas; ó bien, por orgullo, pudiéndolo » hacer no lo ha querido. Novedad por otra parte contraria al

» texto mismo de la Escritura. *Dios mismo nos ha hecho* (ipse fecit nos). *Solo hay un Dios de quien vienen y son todas las cosas; y un solo Señor Jesucristo, por quien son y viven todas las cosas.* » — Los Arrianos recurrían además á estotro subterfugio: « Como las otras criaturas no podían sufrir la acción inmediata del Ser infinito, Dios ha hecho desde luego al Hijo solo, y despues todo lo demás por el Hijo. — Distinción fútil, replicaban los católicos, porque si las criaturas no han podido sufrir ó sostener la acción inmediata de Dios, ¿cómo es que el Hijo, el cual es, segun vosotros, una mera criatura, ha podido sostener esta acción? Si las criaturas han tenido necesidad de un mediador entre Dios y ellas, el hijo, que es criatura, tenía pues necesidad de un mediador, y este de otro; y así progresivamente hasta lo infinito. Y si, por no exponeros á lo absurdo de esta consecuencia, convenís en que el Hijo, aunque criatura, ha podido ser hecho inmediatamente por el Ser increado, debeis forzosamente convenir en que el Ser increado ha podido hacer de la propia manera todas las demás criaturas, y en tal caso es absolutamente inútil vuestra producción del Verbo-criatura. »

21. Había llegado ya el 9 de junio de 325, día señalado para la sesión pública: la discusión preliminar de las antecedentes conferencias había puesto en claro todas las dificultades. Los obispos ortodoxos estaban todos de acuerdo en cubrir con el anatema las impiedades del arrianismo. El emperador Constantino había llegado ya á Nicea para hacer mas imponente la solemnidad de la sentencia con la majestad de la presencia imperial. Todos los obispos, presbíteros y diáconos que formaban el concilio se personaron en el gran salón del palacio, preparado para recibirlos, y en el cual se había colocado un trono de oro para el emperador. Cuando Constantino apareció, revestido de la púrpura y de un manto sembrado de joyas y pedrerías, los Padres se levantaron para honrar en su persona al príncipe que había hecho pasar la religion de Cristo desde la oscuridad de las catacumbas á la luz y esplendor de estas augustas solemnidades. Constantino recibió sus home-

najes con respetuosa modestia. Llegado á lo alto del salón, estuvo de pié sin querer tomar asiento en el trono que se le había preparado, y no consintió en sentarse sino despues de vivas y reiteradas invitaciones de los Padres del concilio. San Eustaquio de Antioquía levantándose entonces, dirigió la palabra al emperador, dando gracias á Dios de las maravillas hechas en favor de la religion bajo su reinado. Constantino se levantó y respondió á san Eustaquio con un discurso latino, explicado en griego por intérpretes, por ser esta la lengua de la mayor parte de los Padres, como mas derramada en el Oriente. Mostró su regocijo de verlos reunidos de todos los puntos del universo, y su anhelo extremo de terminar con su acuerdo unánime tan funestas divisiones. Dió en seguida la palabra á los que presidían el concilio, y les dejó entera libertad para examinar todas las cuestiones de doctrina. Se renovó pues en presencia del emperador la discusión con Arrio; y sus partidarios presentaron al concilio una profesión de fe que habían redactado, y en la cual se contenían mas ó menos explícitamente todos sus errores tocante á la naturaleza del Hijo de Dios. Todos los Padres ortodoxos, que constituían la inmensa mayoría del concilio, la desecharon unánimemente. Se pasó en seguida al exámen de los términos de que habría que valerse para formular la fe católica sobre la generación del Verbo, y se propuso desde luego servirse de una expresión de la Escritura y decir que: *El Hijo es de Dios*. Mas los Arrianos la interpretaban en el sentido de su doctrina, y ofrecían suscribir á ella, « porque, decían, escrito está tambien: *Todo es de Dios*. » No quedada pues bien marcada en esta fórmula la distinción del Verbo y las demás criaturas. Los católicos explicaron entonces claramente que al decir *el Hijo es de Dios*, entendían expresar que era de la sustancia misma de Dios: lo cual no puede convenir á ninguna otra criatura. Se ofreció entonces declarar que el Hijo era la *virtud del Padre*, su *única sabiduría*, su *imagen eterna*, en todo semejante á él. Los Arrianos hallaron todavía medio de abusar de cada una de estas expresiones. La palabra *virtud* se emplea frecuentemente en